

Lección Inaugural Programa de Literatura Primer semestre del año 2023

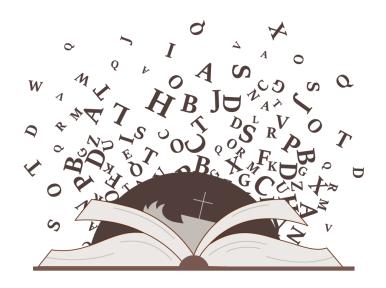
Sergio Pérez Álvarez

Doctor en Literatura

Profesor

Departamento de Estudios Sociohumanísticos

Universidad Autónoma de Bucaramanga



La muerte del lector y el nacimiento de la lectura

En Fantasmas del saber (lo que queda de la lectura) (2017) el reconocido crítico y escritor argentino Noé Jitrik hilvana una biografía de su 'yo lector'. Jitrik, quien murió a la edad de 94 años en octubre del año pasado en Colombia, donde asistía a una invitación del Doctorado en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira, reflexiona, entre otras cosas, sobre sus inicios como lector de La cabaña del tío Tom, el impacto revolucionario que significó descubrir la obra de Kafka, el conocimiento de la literatura mundial a partir de la colección de la editorial Lozada, por supuesto Roland Barthes -un autor que fue muy influyente en su visión de la literatura-, y algunos autores y obras que han sido imprescindibles según sus obsesiones o encuentros inesperados. En realidad, la idea de hacer una biografía de un 'yo lector' no es nueva y más bien pueden encontrarse algunas correspondencias con obras como la Historia de la lectura de Alberto Mangel e incluso la más reciente publicada por George Steiner Lector (vale la pena destacar que con este libro por cierto se inaugura una colección en la editorial Ampersand dedicada a las biografías de lectores). De cualquier modo,

este libro es fructifero para quien desee esculcar en la biblioteca personal y aproximarse a algunos de los gestos interpretativos de quien fuera el director y cabeza visible del proyecto de la "Historia crítica de la literatura argentina" publicado en 12 volúmenes (1995-2018). También se trata de una biografía fértil para entender una postura en la que insistió Jitrik relacionada con lo que, a su juicio, sino incorrecta por lo menos confusa, es la idea de pensar al 'lector' o los 'lectores' como una "categoría objetiva, mensurable, que se sabe quién es"; como algo que sucede antes de la lectura.

A Jitrik pareció irritarle cierta idea preconcebida de lo que significa "ser" un "lector" -que va de la mano de una visión reduccionista de lo que implica la actividad de la lectura-, y que se encuentra en la base de muchos proyectos de investigación, estrategias editoriales, e incluso en la definición de políticas públicas que fomentan su promoción social. El origen de esta idea de lector habría que buscarla en el denominado carácter civilizatorio del impreso, específicamente del "libro". Es decir, en la concepción occidental del libro y de la lectura como un antídoto contra la "incultura" y la "ignorancia", en la que se 'supone' viven la mayoría de las gentes, sobre todo los que están alejados de las grandes ciudades. Cuando se habla de "ser lector" - casi como una condición ontológica que se debe perseguir a través de un recorrido más o menos definido-, se habla entonces de ser un lector de ciertos textos o, más bien, de ciertos libros literarios. El lector es esa persona capaz de valorar los productos culturales que han sido avalados por la misma tradición escrita. Para decirlo de otro modo, solo puede ser considerado un lector quien aprecie a Shakespeare, Rabelais,

Cervantes, Proust, García Márquez, en fin, todos los nombres -por lo general europeos, hombres y blancos-, que aparecen como satélites inamovibles en un canon definido por unas élites culturales; de allí que el texto literario, entendiendo por texto y por literario lo que es aceptado en ese determinado canon, adquiere una condición particular: leer literatura da brillo, da estatus social. La versión beatífica del libro y de la lectura se caricaturiza entonces con ese ideal de lector como hombre culto, buen ciudadano, por supuesto inofensivo, capaz de tomar decisiones razonadas y vivir en democracia.

Este ideal de lector no solo tiene respaldo en lo simbólico, sino que también se apoya en una versión útil, en algún sentido economicista, por no decir capitalista, de la lectura. Cada cuanto vemos que aparece una encuesta en la prensa local que alerta que en el país se "lee muy poco", y se subraya la diferencia en números de libros con otros países donde se "lee más" y, por consiguiente, son más "desarrollados". Esta relación directa entre la lectura y el desarrollo económico (dentro de un punto de vista ideológico que se despliega con la idea de progreso cultural), en buena medida sigue operando como la principal justificación por la que gobiernos, locales o nacionales, y organizaciones educativas, colegios y universidades, incentivan los beneficios de la lectura. Una relación que además está detrás del mito del 'retraso' cultural. Aunque el problema del analfabetismo es un fantasma dentro de nuestro sistema educativo, llevamos más de dos décadas que registra más del 90% de población adulta que sabe leer y escribir -muchos de ellos de hecho practican a diario la lectura y la escritura debido, entre otras cosas, al uso extensivo de los

celulares y redes sociales-, y todavía sigue instalado en nuestro imaginario la idea de que aquí "no hay lectores", y que solo muy pocos tienen la capacidad intelectual para participar de lo que llamaba Alfonso Reyes "el banquete de la civilización".

Por tanto, lo que a Jitrik le causaba ruido es la idea del lector como una categoría sociológica; la idea del lector como un sujeto que puede identificarse, que camina por ahí en las calles entre nosotros como un iluminado, que se puede objetivar, y con el que se pretende describir una de las actividades humanas más complejas como es la de leer. En efecto, lo que está en cuestión es la idea del lector como un tipo de clase social a la que deberíamos pertenecer y que se sostiene en una distinción engañosa. Esa distinción que plantea que por un lado están los que no leen, y que son por tanto incultos, ignorantes, manipulables, malos ciudadanos, ajenos a los bienes de la alta cultura, etc.; y, por otro lado, los lectores, que son cultos, refinados, con cierta riqueza, pulcritud, modelos de ciudadanos, etc. Esto es, la idea de que se es *mejor*, o más persona, por leer. Una idea que a simple vista cualquier lector culto rechazaría. Pero incluso en los más conscientes de la distinción, a veces en la sombra y otras a plena luz, se les ve con cierta altivez y sensación de superioridad al creerse privilegiados por poseer algo que otros no tienen; esta visión de la lectura como civilización respira en nuestro cuerpo. Claro que tampoco se trata de acuñar hipocresías sofisticadas. La lectura y el conocimiento de ciertos autores enriquecen y, de algún modo, si no nos hace mejores, por lo menos nos hace más experimentados. Pero lo que hay que preguntarnos es en qué sentido nos

enriquece, y en qué sentido nos hace en realidad *mejores* como personas y en definitiva como *lectores*.

Podría pensarse que el rechazo de la idea del lector como categoría sociológica supone por lo tanto adoptar la tesis contraria y aceptar que la lectura es en esencia una práctica subjetiva. Decir esto implicaría al mismo tiempo asumir que todos leemos como nos viene en gana, y que todas las lecturas, con sus matices, al fin y al cabo, valen lo mismo. Sin embargo, para Jitrik esta posición es solo otra cara de la misma moneda, tan reductiva y peligrosa como la idealización de un solo tipo de lector. Leer no implica leer lo que "uno" quiere, sino leer a un "otro", a una persona "distinta". Una de las cuestiones más sorprendentes de la lectura es precisamente permitirnos saber lo que pensaban, e incluso darnos una imagen de lo que sentían, personas que nunca hemos conocido o conoceremos. Leer implica un profundo contacto humano, muy diferente a la conversación, pero que también puede ser igual de vital y significativo para una persona. Jitrik pretende desafiar la visión de un lector preconcebido como meta o ideal al que debe responder la lectura, y nos invita a pensar que el texto es el que crea el lector; al reflexionar en esa creación mediada por el texto, no nos queda otra que reconocer sus diversas dimensiones y ver de qué manera juega en la construcción de nuestras subjetividades: sabemos por lo pronto que puede llegar a ser una actividad tan natural como caminar; y tan humana como son todas las actividades que implican el lenguaje y el pensamiento.

Siempre se habla de lector -advirtió Jitrik en una entrevista en 2005-, y creo que se cae en la sociología y hay un alejamiento de la filosofía en relación al lugar que ocupa la lectura en el conjunto de las relaciones humanas. Se la pone en un terreno inverificable. Y fatalmente se llega a la conclusión de que todos los lectores son diferentes, ya que todos interpretan de modo diferente aquello que leen. Eso me parece pobre. Pienso, por desafiar esa visión, que el lector no existe; existe el texto, que crea al lector. En el momento en que alguien se encuentra con un texto, empieza a funcionar como lector. O no: evita funcionar como lector.

Fantasmas del saber no es el primer libro que escribe Jitrik sobre la lectura. A decir verdad, la lectura fue uno de sus principales objetos de investigación. En 1982 publicó por ejemplo la Lectura como actividad (disponible en la biblioteca virtual Miguel de Cervantes), donde también hace una muy completa aproximación crítica y filosófica a la lectura en esta perspectiva funcionalista. Para Jitrik leer no es una teoría, es antes que nada una acción, que solo tiene sentido en la práctica. En nota al margen, me gustaría señalar que encuentro en sus desarrollos teóricos afinidades -que no sé hasta que punto estarían dispuestas a aceptar mutuamente- con algunas ideas que presenta Estanislao Zuleta en su conferencia dedicada a la lectura. Este último, a partir de Nietzsche, también argumenta que es el texto el que produce su propio código; por ello la tarea del lector no solo consiste en entender al código sino también en entrar en él para subvertirlo. "El texto produce su propio código por las relaciones que establece entre sus signos; genera, por decirlo así, un lenguaje interior en relación de afinidad, contradicción y diferencia con otros 'lenguajes', el trabajo consiste pues en determinar el valor que el texto asigna a cada uno de sus términos, valor que puede estar en contradicción con el que posee el mismo término en otros textos". Hago mención de la conferencia de Zuleta porque pienso que es otra manera de aproximarse a la filosofía de la lectura sobre la que reflexiona ampliamente Jitrik. Desde luego, cualquier resumen sobre estas ideas sería insuficiente. No obstante, me gustaría dejar enunciadas dos ideas en punta

La primera es que la lectura es una aventura del pensamiento. Más que una metáfora poética para describir una práctica, la metáfora tiene sentido en contraste con la palabra técnica, más precisa y limitada, que es la decodificación. La lectura es una decodificación y esto es quizás lo que la define: se lee cuando se decodifica un texto, cuando convertimos en voz los signos en el papel, al momento en el que somos capaces de quedarnos descifrando una escritura, pero la lectura, cuando es real, cuando es capaz de permitirnos revisar nuestros prejuicios y abrir nuevos horizontes de pensamiento, cuando se convierte en una auténtica experiencia de sentido, no es una decodificación simple, o más bien no es solo una decodificación. Cuidado con pensar que es un ir más allá como si se tratara de acudir a una trascendencia ajena a lectura. Sino que ese "más allá" supone un "más acá": ocurre cuando atendemos a lo que surge a partir del código mismo que despliega el texto, en el instante en qué entendemos lo que otro, ausente, nos dice. Por esto es una aventura, porque es incierta, de alguna manera desafiante; se debe estar dispuesto a emprender una travesía y sacrificar algo de nosotros mismos. Una lectura real implica que ponemos en juego nuestra subjetividad. Puede ser una aventura a veces tranquila, pero también violenta, en ningún caso indiferente. Una aventura que casi siempre nos exige y es difícil: no puede ser como esas estadías de turismo "todo-pago". Y también requiere prepararse con un equipo (botas para caminar, una chaqueta para el frío, etc.) para la travesía, y que en este caso son conceptos, ideas, la misma experiencia que tuvimos en otras oportunidades, lo que supone aprender a pensar.

Lo segundo es que la lectura, como diría Hegel, es un "en sí mismo". Es decir, una lectura tiene explicación, justificación, sentido, etc., por sí misma, no por otra cosa. En esta perspectiva, no se lee para ser o para ser más cultos, mejores personas, para aprender, para buscar solo el placer de descifrar que otros dicen (el chisme intelectual), o para contentar al profesor y aquellos que dicen que deberíamos leer e invertir nuestro tiempo y esfuerzo en ello. Estas pueden ser consecuencias, pero no su propósito. Leemos por leer. Cuando leemos sobre todo nos convertimos en mejores lectores. Y la lectura es otra experiencia humana, tan insustituible y particular, como otras experiencias. Por esto cuando Borges decía que "Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído" en su literalidad dice algo fantástico. A menudo se cree que tiene que ver con la modestia del argentino al reconocer qué otros escribían mejor que él. Pero hay que ver cómo leía Borges, las conexiones que establecía, el vínculo entre los textos, sus propias picardías como lector, sus odios y amores, algo que podemos ver solo parcialmente en sus escritos. Su orgullo por tanto no es gratuito, tiene que ver con que encuentra nada menos que unas de sus formas favoritas de ser feliz. La lectura no *sirve* para nada, pues, como dice Jitrik, no tiene otra función que cambiarnos la vida.



Bibliografía

Jitrik, Noé. 1982. La lectura como actividad. Premià Editora. Disponible en: https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-lectura-como-actividad-788277/
Jitrik, Noé. 2017. Fantasmas del saber (lo que queda de la lectura). Ampersand.

Zuleta, Estanislao. 1982. "Sobre la lectura" [Conferencia]. Disponible en:

Zuleta, Estanislao. 1982. "Sobre la lectura" [Conferencia]. Disponible en: http://www.ram-

wan.net/restrepo/metodologia/zuleta_sobre%20la%20lectura.pdf